

## LIBRO QUINTO.

---

Habiendo oído que Antíoco estaba, según su costumbre, con Marco Pisón en el gimnasio que llaman de Tolomeo, y hallándose en mi compañía mi hermano Quinto y Tito Pomponio y Lucio Cicerón, primo mío por sangre, y por amor hermano, determinamos dar un paseo por la tarde en la Academia, por ser tiempo en que este lugar está desocupado de gente. Fuimos, pues, á ver á Pisón, y entre varias conversaciones anduvimos seis estadios de camino desde la puerta Dipyla. Y al llegar al jardín de la Academia, no sin causa famosa, encontramos la soledad que deseábamos.

Entonces dijo Pisón: «¿Será efecto de la naturaleza, ó de alguna ilusión, el que nos conmueva más la vista de aquellos lugares que sabemos que fueron frecuentados por varones dignos de memoria, que el oír sus actos, ó el leer algún escrito suyo? Yo ahora no puedo menos de traer á la memoria á Platón, de quien sabemos que solía enseñar aquí; y sus huertos, tan cercanos á éste, no sólo me traen su memoria, sino

que me parece que la ponen ante mis ojos. Aquí vivieron Speusipo, Xenócrates y su discípulo Polemón; su asiento fué el mismo que allí vemos. De la misma manera, cuando me encontraba yo en la Curia (digo la de Hostilio, no esta nueva, que me parece menor desde que se ha hecho más grande), solía pensar en Scipión, en Catón, en Lelio y, sobre todo, en mi abuelo. ¡Tanta fuerza tiene la contemplación de aquellos lugares, que no sin causa ha sido fundada en ellos la disciplina de la memoria!»

A esto respondió Quinto: «Es verdad lo que decís, oh Pisón. Porque yo mismo, al venir aquí, no he podido apartar los ojos de aquel bosque de Colona, cuyo habitante, Sófocles, se me presentaba sin cesar al espíritu. Ya sabes cuánto le admiro y cuánto me deleito con él. Recordando yo las escenas en que Edipo llega á este bosque, y aquellos dulcísimos versos en que describe las bellezas de estos lugares, me conmovió una sombra, vana sin duda, pero bastante para conmoverme.»

A esto dijo Pomponio: «Pues yo, á quien soléis maltratar como discípulo de Epicuro, solía venir á menudo con Fedro, á quien tanto amo, como sabéis, á los huertos de Epicuro, por donde hace un momento hemos pasado. Pues aunque, siguiendo las advertencias del proverbio antiguo, me acuerdo principalmente de los vivos, no por eso puedo olvidarme del maestro Epicuro, cuya imagen no solo tienen los nuestros en tablas, sino también en vasos y en anillos.»

Yo dije entonces: «Sin duda nuestro Pomponio quiere burlarse, y quizá con razón. Desde que vive en Atenas, se ha hecho casi un ático, para confirmar sin duda su nombre. Pero yo convengo contigo, oh Pisón, en que la vista de los lugares infunde en nosotros

un pensamiento más profundo y atento acerca de los varones ilustres. Tú sabes que, cuando fuí á Metaponto contigo, no quise volverme sin contemplar el sitio donde Pitágoras había muerto. Y ahora mismo, aunque por todas partes hay en Atenas muchos recuerdos de grandes varones, nada me hace tanto efecto como aquella cátedra donde solía explicar Carneades, á quien me parece ver presente, porque conozco bien su imagen, y se me antoja que aun sale su voz de aquel asiento, huérfano de tan alto espíritu.

—¿Y nuestro Lucio, preguntó Pirrón, no ha hecho ninguna visita de éstas? ¿No ha ido á contemplar con gusto el lugar donde solían tener sus combates oratorios Demóstenes y Esquines? A cada uno le arrastran sus propias aficiones.» Ruborizóse Pisón y respondió: «No me lo preguntes, porque también he ido al puerto de Falera, á donde dicen que bajaba Demóstenes, á declamar al ruido de las olas, para acostumbrarse á vencer con la voz su bramido. Y ahora me he apartado un poco á la derecha del camino, para acercarme al sepulcro de Pericles. Pero de estos casos hay infinitos en esta ciudad; por donde quiera que penetremos, ponemos las huellas en alguna historia.

—Estos estudios, dijo Pisón, si sirven para que imitemos á los varones ilustres, son realmente útiles; pero si han de servir sólo para renovar el recuerdo y la memoria antigua, no pasan de curiosidad. Y así, te exhortamos todos para que imites, aunque sea de pasada, á esos varones cuyas huellas venimos siguiendo.—Grata me es vuestra exhortación, le respondí.» Y á esto me dijo él muy amistosamente, como solía: «Atendamos á la educación de este joven y díganos algo de sus estudios filosóficos, ó para imitarte á tí, á quien ama, ó para ejercitarse en hablar con elegancia sobre lo mismo que estudia. Aunque no necesita-

mos exhortarte á ello, oh Lucio, porque tú ya espontáneamente eres inclinado á la filosofía, y me parece que oyes con mucha atención á nuestro maestro Antioco.» Y entonces, luchando con la natural timidez ó vergüenza, aquel joven exclamó: «Sí que lo hago; pero ¿sabéis algo de Carneades? Ardo en deseos de conocer su doctrina. Antioco se refiere siempre á ella y no tenemos ningún otro maestro.—Yo me atrevería, dijo Pisón, á aconsejarte que de esta academia nueva pasases á la antigua, en la cual no se cuenta sólo á los llamados comúnmente académicos: Speusipo, Xenócrates, Polemón, Cratero y los demás, sino también á los antiguos peripatéticos, de los cuales el principal es Aristóteles, á quien, fuera de Platón, yo no dudaría en llamar príncipe de la filosofía. Dedicáte, pues, a ellos, te lo ruego. En sus escritos y doctrinas puede aprenderse toda ciencia liberal, toda historia, toda doctrina elegante; y es tal la variedad de las artes que enseñan, que sin ese instrumento nadie puede emprender ningún estudio sólido ni acometer empresa digna de memoria. De su escuela han salido oradores, generales, príncipes de la república; y descendiendo á cosas menores, su escuela ha sido, digámoslo así, un taller de todo género de artífices, matemáticos, poetas y hasta médicos.»

A esto dije yo: «Ya sabes, oh Pisón, que opino lo mismo que tú, y me alegro que hayas aceptado esta cuestión, porque, mi querido Lucio desea saber cuál es la doctrina de los antiguos académicos y de los peripatéticos sobre el sumo bien. Y creemos que tú muy fácilmente puedes explanarla, ya que por muchos años has tenido en tu compañía á Staseas el Napolitano, y te has dedicado en Atenas á oír las lecciones de Antioco.

—¡Ea, ea! ¡Qué habilidad has tenido para hacer

que yo comience á hablar! ¡Con qué habilidad has hecho que sea yo el primero que hable! Expondremos á este joven lo que buenamente sepamos. Esta soledad es acomodada para ello, aunque si un Dios me lo hubiera dicho, difícilmente hubiera llegado yo á creer que algún día vendría á la Academia á disputar como filósofo! Pero no quiero ser agradable á éste y molesto á vosotros.—¡A mí, que te lo rogué!»

Quinto y Pomponio unieron sus ruegos á los míos, y entonces comenzó á hablar Pisón. Atiende á sus razonamientos, oh Bruto, y verás que acertó á compendiar la doctrina de Antíoco, á la cual, según creo, te inclinas mucho tú, que has oído con frecuencia á su hermano Aristo.

Dijo, pues, de esta manera: «Ya he indicado antes con la mayor brevedad, en qué recae la ventaja de elegancia que hallo en la disciplina de los peripatéticos; pero esta escuela, lo mismo que todas, tiene un triple modo de enseñar. Cultiva la ciencia de la naturaleza, la del razonamiento y la de la vida. La naturaleza la han investigado tanto, que, digámoslo al modo de los poetas, no han dejado por recorrer parte ninguna del cielo, del mar ni de la tierra. Y cuando han hablado de los principios de las cosas y del orden del mundo, no sólo han demostrado muchas verdades con argumentos probables, sino también con razones matemáticas y necesarias, y han recogido inmensa materia de investigación que nos guía al conocimiento de los principios más ocultos. Aristóteles nos describe el origen, las costumbres, las formas de casi todos los animales. Teofrasto, la naturaleza de las plantas y de casi todas las cosas que nacen de la tierra. Y con estos conocimientos se hace más fácil la investigación de otras materias más recónditas. En el arte de discurrir, no incluyeron sólo la dialéctica,

sino también el arte oratorio; y Aristóteles, príncipe de la escuela, estableció sobre cada cosa un ejercicio doble, en que se defendiesen las dos partes, no al modo de Arcesilao, que disputaba contra todo, sino de tal suerte, que en cada cuestión pudieran aprenderse las razones que había por una y otra parte

»Y en las tres partes de la filosofía, donde entran los preceptos de la vida, no se limitaron á la vida privada; sino que abarcaron también el gobierno de la república. Por Aristóteles conocemos las costumbres, las instituciones, los gobiernos de casi todas las ciudades de Grecia y de los bárbaros: por Teofrasto conocemos también sus leyes. Y habiendo enseñado entrambos cuál debía ser el príncipe en la república, y habiendo discutido además el mejor estado de república, Teofrasto investigó cómo debía gobernarse la república en circunstancias y momentos difíciles. Les agradó un método de vida quieto y sosegado; dedicado casi á la contemplación y al concimiento. Tal vida, por ser tan semejante á la de los Dioses, parecía también la más digna del sabio. Y sobre todo esto hablaron con gran esplendidez y elegancia.

»Como acerca del sumo bien escribieron dos géneros de libros, unos populares, que llamaban *exotéricos*, y otros más limados, que dejaron entre sus comentarios, no parecen decir siempre lo mismo, aunque en el fondo apenas hay variedad alguna entre los que antes nombré, ni disensión entre ellos. Pero cuando se trata de la vida feliz, y esto es lo único que la filosofía debe buscar, y se pregunta si está toda en poder del sabio, ó si puede vacilar y caer en la adversidad, parecen variar entre sí y dudar algo más. A lo cual contribuyó mucho el libro de Teofrasto sobre la vida feliz, en el cual se concede tanto á la for-

tuna, que si él tuviera razón, no bastaría la sabiduría para hacer la vida dichosa.

»Esta opinión me parece más muelle y delicada que lo que pide la fuerza y gravedad de la virtud. Por lo cual, sigamos á Aristóteles y á su hijo, cuyos excelentes libros acerca de las virtudes atribuyen algunos al mismo Aristóteles, aunque no sé por qué el hijo no puede haber sido semejante al padre. Sigamos también en muchos casos á Teofrasto, con tal que tengamos más firmeza y robustez que él tuvo en la virtud.

Contentémonos con estos filósofos, porque los que fueron posteriores á ellos, aunque mejores, en mi opinión, que los de otras escuelas, degeneraron, sin embargo, tanto, que apenas parece que nacieron de los primeros. Inmediatamente después de Teofrasto, Estratón quiso ser llamado el físico, y fué realmente físico insigne, é introdujo muchas novedades, pero ninguna en la doctrina de las costumbres. Lico es abundante en el lenguaje, pero muy pobre en la sustancia; Aristón, fácil y elegante, pero nunca tuvo la gravedad que se desea en un filósofo insigne. Sus escritos son muchos y muy discretos, pero no sé por qué parece que no tienen autoridad sus discursos. Paso en silencio á otros muchos, entre ellos el docto y sabio Jerónimo, á quien no sé por qué he de llamar peripatético. Tuvo por sumo bien la carencia de dolor. El que disiente en la cuestión del sumo bien, disiente en todos los métodos filosóficos. Cristolao quiso imitar á los antiguos, y ciertamente se les parece en la gravedad, y su modo de decir es abundante; pero conserva las tradiciones de su patria. Diodoro, discípulo suyo, añadió á la honestidad la carencia de dolor. También éste es muy independiente, y disintiendo en la cuestión del sumo bien, apenas se le pue-

de llamar peripatético. Nuestro Antíoco parece haber seguido con mucha diligencia el parecer de los antiguos, que, según él enseña, fué el mismo en Aristóteles y en Polemón.

»Tengo por muy prudente la conducta de nuestro Lucio, que quiere enterarse á fondo de esta cuestión del sumo bien, porque una vez resuelta, ya puede decirse que está dominada toda la filosofía. En otras materias, cuando se omite ó se ignora algo, no resulta mayor mal que el que consiste en la importancia misma de la cosa que se ignora. Pero si ignoramos el sumo bien, necesario es que ignoremos el método de vida, de donde se sigue tanto error que no encontramos puerto donde refugiarnos.

»Pero conocidos los principios de las cosas y el último término de los bienes y de los males, ya hemos conocido el camino de la vida y el fundamento de todas las obligaciones.

»Hay, pues, un punto á donde referirlo todo. Del cual podemos partir para encontrar el método de bien vivir que ellos apetecen. Pero en dónde se halla, es grave cuestión. Podemos hacer la división de Carneades, que nuestro Antíoco emplea con frecuencia. Y no sólo vió con claridad cuántas habían sido hasta entonces las opiniones de los filósofos sobre la dicha humana, sino cuántas podían ser en absoluto. Negaban que hubiese arte alguno que procediera por sí mismo. Hay siempre algo extrínseco que entra en las artes. No es preciso explicarlo con largos ejemplos. Evidente es que ningún arte se encierra en su propio círculo, sino que una cosa es el arte mismo, otra el propósito de este arte. Y así como la medicina es arte de la salud y la náutica arte de la navegación, así la prudencia es arte de vivir; por lo cual es necesario



que proceda de otra cosa y que tenga un propósito distinto de ella misma.

»Es doctrina corriente entre todos que el objeto de la prudencia y el fin que ella quiere conseguir, ha de ser apto y acomodado á la naturaleza, y tal que por sí mismo invite y despierte el apetito del alma. Pero qué es lo que de esta manera mueve y lo que la naturaleza apetece desde el primer momento, no está bien averiguado, y sobre esto se disputa largamente entre los filósofos, cuando se persigue el bien sumo. Debemos buscar el fundamento de esos primeros estímulos en la naturaleza, y resultará de aquí, como de principio capital, toda la doctrina del sumo bien y del sumo mal. Unos tienen por lo primero el apetito del deleite y la repulsión del dolor: otros tienen por lo primero que se apetece, la carencia de dolor, y por lo primero que se rechaza, el dolor. Á estos siguen otros que llaman primeros á los principios naturales, entre los cuales enumeran la salud, la conservación de todas las partes, la integridad de los sentidos, la carencia de dolor, la fuerza, la hermosura y otras cosas de este género, que son al alma como vislumbres y semilla de virtudes.

»En todos tres sistemas, como siempre, ha de ser una sola la primera cosa que mueve á la naturaleza á apetecer ó á rechazar, y no puede existir ningún otro fuera de estos tres; necesario es que se refiera á alguno de estos tres principios, y que la prudencia, que hemos dicho ser el arte de la vida, comience y tenga su origen en uno de esos tres fundamentos. Según la opinión que se adopte sobre el primer impulso, el apetito de la naturaleza será también la razón de lo recto y de lo honesto. Y declararemos honesto, ya el hacer todas las cosas por causa del deleite, aunque no se consiga, ya por evitar el dolor,

aunque no se pueda lograr, ya por conseguir las cosas que son conformes á la naturaleza. Por eso, cuanto diferencia hay entre los principios naturales, otra tanta y mayor discensión hay en el termino de los bienes y de los males. Otros, partiendo de los mismos principios, refieren todos los deberes, ó al deleite, ó á la falta de dolor, ó á la conformidad con la naturaleza.

»Expuestas ya las seis opiniones acerca del sumo bien, diré que de las tres últimas fueron caudillos: Aristipo, de la del deleite; Jerónimo, de la de la carencia de dolor; Carneades, de la de los goces conforme á la naturaleza. Aunque propiamente Carneades no fué autor de esta opinión, sino defensor de ella por gusto de disputar. De las otras tres, una ha sido defendida, y ésta con vehemencia. El hacer todas las cosas por causa del placer, aunque no se consiga, y que éste sea más apetecible, honesto y bueno por sí, nadie lo defiende. Ni tampoco cree nadie que el querer evitar el dolor, aunque esto no se consiga, constituya por sí felicidad alguna.

»Seis son, pues, las opiniones primitivas acerca del sumo bien y del sumo mal; dos sin defensores, cuatro defendidas. Opiniones compuestas y dobles solamente ha habido tres; ni podía haber más, si se atiende á la naturaleza íntima de las cosas. Porque, ó se añade el placer á la honestidad, como quisieron Califón y Cinomaco, ó se le añade la ausencia de dolor, como Diodoro, ó el principio de la naturaleza, como los antiguos que llamamos académicos y peripatéticos. Pero como no puede tratarse todo á un tiempo, por ahora prescindiremos del deleite, ya que hemos nacido para cosas mayores. De la carencia del dolor puede decirse lo mismo que del deleite. Y ya que hemos disputado del deleite con Torcuato, y

de la honestidad, en la cual los estoicos ponen todo bien, con Catón, bastará recordar los argumentos que expusimos contra los deleites viles, puesto que valen también contra el sistema de la ausencia de dolor.

»Ni tampoco hemos de buscar otros contra las sentencias de Carneades. Pues, de cualquier modo que se exponga el sumo bien, como independiente de la honestidad, ni los deberes, ni las virtudes, ni las amistades pueden fundarse en semejante razón. En cuanto á las teorías que juntan con la honestidad el deleite ó la ausencia de dolor, hacen torpe la misma honestidad que quieren abrazar. Al referir el término de las acciones á estas cosas pertenecientes á la parte ínfima de nuestra naturaleza, oscurecen toda la esplendidez de la honestidad, ó, por mejor decir, la borran.

»En cuanto á los estoicos, habiendo seguido en todo á los peripatéticos y á los académicos, solamente se han empeñado en variar los nombres.

»La seguridad y tranquilidad de ánimo enseñada por Demócrito deben separarse de esta disputa, porque esta tranquilidad de ánimo constituye por sí sola la vida feliz. Y no preguntamos cuál es, sino de dónde procede. Destruída ya y condenada la sentencia de Pirrón y Aristón y de Herilo, no puede entrar en el círculo que hemos trazado. Porque naciendo toda esta cuestión del sumo bien y del sumo mal del primer apetito de la naturaleza, y de lo que juzgamos apto y necesario á ella, estos filósofos la niegan de raíz, negando que haya en las cosas distinción alguna entre lo honesto y lo torpe, ni razón para anteponer las unas á las otras, ni diferencia ninguna entre las cosas mismas.

»Y Herilo, que lo creía así, negó todo bien fuera de la ciencia, y toda razón de deber ó de determinación

racional. Excluidas estas opiniones, y no pudiendo concebirse ninguna otra, necesario es que quede en pie la de los antiguos. Empecemos, pues, á la manera de los antiguos, que es la que usan también los estoicos. Todo animal se ama á sí mismo, y así que nace procura conservarse, porque la naturaleza le ha infundido el apetito de conservar su vida y de ser afectado conforme á su naturaleza. Al principio este apetito es confuso é incierto, pues aunque se conserva y defiende, no sabe el animal lo que es, ni lo que puede, ni cuál es su naturaleza. Cuando adelanta algo, y empieza á comprender cuáles son las cosas que le atañen y le pertenecen, comienza también á adelantar en el camino de la inteligencia y á conocerse á sí mismo, y á comprender por qué causa tiene ese apetito que dijimos, y principia á apetecer las cosas que son conformes á su naturaleza y á rechazar las contrarias. Y así, todo animal tiene puesto su apetito en aquello que es conforme á su naturaleza. Y el fin de los bienes consiste en vivir según la naturaleza y en ser afectado de la manera más acomodada á ella.

»Y como cada animal tiene su naturaleza propia, necesario es que tenga también su propio fin, el cual perfeccione esta naturaleza. Nada impide que haya entre los demás animales, y aun entre las bestias y los hombres, ciertos principios de naturaleza común. Pero los fines, los términos que buscamos, no han de ser comunes á las varias especies de animales, sino que cada una ha de tener el suyo propio, acomodado á lo que la naturaleza de cada cual desea. Y cuando decimos que el fin de todos los animales es vivir conforme á su naturaleza, no por eso hemos de entender que es uno mismo el fin de todos, sino que así como decimos de todas las artes, que versan sobre alguna ciencia, y á pesar de eso cada arte tiene la

• **»**uya propia, así todos los animales tienen de común el vivir conforme á la naturaleza, pero sus naturalezas son diversas, siendo una la del caballo, otra la del buey, otra la del hombre; á pesar de lo cual en todos ellos hay principios comunes, y no sólo en los animales, sino también en todas las cosas que la naturaleza alimenta, acrece y conserva, entre las cuales vemos que las que nacen de la tierra tienen todas las virtudes necesarias para vivir y crecer y poder llegar en su género al término. Y así nos es lícito comprenderlas todas en una sola expresión, y no dudo en decir que toda naturaleza es conservadora de sí misma, y que tiene por fin y propósito el mantenerse en su mejor estado.

• **»**De donde se infiere necesariamente que todas las cosas naturales tienen un fin semejante, pero no el mismo. Y de aquí inferimos que el bien último del hombre es vivir según la naturaleza, lo cual entendemos de este modo: vivir según la naturaleza humana perfecta en todas sus partes, y que no exija nada extraño á ella.

• **»**Esto es lo que debemos explicar, y vosotros me perdonaréis, si no lo hago con bastante distinción; debemos tener en cuenta la edad de éste que hoy por primera vez dice que nos oye.—Así es, dije yo. Aunque todo lo que has dicho hasta ahora fácilmente puede ser entendido en cualquiera edad.

—Expuestos, pues, continuó, los términos de las cosas apetecibles, hemos de demostrar por qué pasan las cosas del modo que hemos dicho. Comencemos por el primer principio, es decir, por entender que todo animal se ama á sí mismo. Y aunque esto no admite duda, porque es un principio innato en la misma naturaleza y que puede comprenderse por el sentido común, de tal modo que no sería oído el que qui-

siese hablar en contra; sin embargo, por no omitir nada, daremos algunas razones de él. ¿Cómo es posible entender ni pensar que haya ningún animal que se aborrezca á sí mismo? Entonces resultaría, que cuando el apetito del animal empieza á arrastrarle hacia algo que le dañe, por ser enemigo de sí mismo, se odiará y se amará á un tiempo, lo cual es imposible. Necesario es, pues, que si alguien es enemigo de sí mismo, tenga por malas las cosas que son buenas, y por buenas las cosas malas, y huya de lo apetecible y apetezca lo repulsivo, todo lo cual es un verdadero trastorno de la vida. Y aunque se encuentran algunos que buscan la muerte con el cordel ó de otro modo, como, v. gr., aquel personaje de Terencio, que determinó hacerse desdichado á sí mismo, por no hacer desdichado á su hijo, no por eso hemos de creer que son enemigos de sí propios. Pues á unos los mueve el dolor, á otros la codicia; muchos se dejan arrastrar por el error, y al arrojarse á sabiendas al mal, creen, no obstante, que buscan un bien, y por eso dicen sin duda: «así me conviene; haz tú lo que te parezca.» Pero los que se hubiesen declarado guerra á sí mismos, gustarían de ser atormentados de día y de noche, y no se acusarían de haber gobernado mal sus negocios, porque esta queja es sólo propia de los que se aman á sí mismos. Y por eso, siempre que se dice de alguien que está descontento de sí propio, y que es enemigo de sí mismo, y finalmente que huye de la vida, ha de entenderse que tiene alguna causa, de la cual podemos inferir precisamente que se ama con exceso. Y no sólo no hemos de creer que nadie se odia, sino también que nadie tiene por indiferente su propio estado. Sería indiferente todo apetito de alma, si no nos inclinásemos más á una parte que á otra, y si en las cosas que directamente nos afectan creyésemos

no tener interés alguno. Y sería más absurdo el decir, si alguien lo intentase, que cada cual se ama á sí mismo, pero que todo este amor se dirige á otra cosa y no á la persona que se ama. Cuando esto se dice de la amistad, de los deberes, de las virtudes, todavía puede entenderse; pero de ninguna manera podemos comprender que nos amemos por ninguna otra cosa distinta de nosotros mismos, v. gr., por el deleite.

»Por nosotros amamos el deleite, pero no nos amamos á nosotros por él. Y ¿quién no ve que el hombre, no sólo se ama á sí mismo, sino que se ama con ardor vehementísimo? ¿Quién es el que, sintiendo acercarse la muerte, no se llena de temor y sobresalto y no siente paralizarse su sangre? Y si es una debilidad el sentir de este modo la destrucción de la naturaleza, lo mismo podemos decir del dolor, pero esto mismo prueba que la naturaleza aborrece la muerte. Y por lo mismo que algunos llevan este temor á extremos reprensibles, hemos de creer que este exceso mismo no puede proceder sino de una raíz natural. Y no hablo del miedo de la muerte que sienten los que temen verse privados de los bienes de la vida, ó preven mayores tormentos después de la muerte, ó temen los dolores de la muerte misma, sino que este temor es natural aun en los niños que no piensan en ninguna de estas cosas, cuando, jugando con nosotros, les amenazamos con matarlos. Aun las fieras mismas, como dice Pacuvio, que carecen de inteligencia y de astucia para precaverse, se estremecen, cuando se les presenta el terror de la muerte.

»Y ¿quién puede creer que sentía de otro modo aquel sabio, que determinado ya á morir, se dolía, no obstante, de abandonar á los suyos y de dejar la misma luz de la vida? Y en esto se ve principalmente la fuerza de la naturaleza, porque muchos

sufren su mendicidad, á trueque de vivir, y hombres cargados de años se angustian con la cercanía de la muerte, y hacen lo que hizo Filoctetes, según la fábula, el cual, atormentado por insufribles dolores, sostuvo no obstante su vida cazando con sus saetas, y, como dice Accio, con las plumas de ave hacía vestiduras para su cuerpo.

»Hablo ahora de los hombres y de los animales, pero puede añadirse que los árboles y las plantas tienen casi la misma naturaleza, ya porque, como sostienen muy doctos varones, una causa superior y divina les infundió esta fuerza, ya porque procede del acaso. Vemos que las plantas que la tierra engendra se valen de sus cortezas y raíces, como se valen los animales de la distribución de los sentidos y de los miembros. Y aunque yo asiento al parecer de los que enseñan que todo esto lo rige la naturaleza, y que si la naturaleza no tuviese particular cuidado de ello, no podría existir, concedo, sin embargo, á los que disienten de esta doctrina el pensar lo que gusten, siempre que entiendan que, cuando digo la naturaleza del hombre, es lo mismo que decir el hombre, sin que haya diferencia alguna entre las dos cosas. Porque antes podrá cualquiera apartarse de sí mismo que matar los apetitos de aquellas cosas que son conducentes á su conservación. Con razón, pues, los más ilustres filósofos buscaron en la naturaleza el principio del sumo bien, y creyeron que aquel apetito de las cosas acomodadas á la naturaleza, era ingénito en todos los que naturalmente se aman á sí mismos.

»Y ya que hemos probado que cada cual se ama por su propia naturaleza, es preciso investigar cuál es la naturaleza humana que buscamos. Todos sabemos que el hombre consta de cuerpo y alma, siendo



el alma superior al cuerpo. Y vemos después que el cuerpo está conformado de tal modo, que sobresale entre todos los animales, y que el alma tiene por instinto los sentidos, y posee además las virtudes del entendimiento, á quien toda la naturaleza humana obedece, y que en él reside la admirable potencia de la razón, de la ciencia y de todas las virtudes. Pero las cosas que pertenecen al cuerpo no tienen autoridad bastante para ser comparadas con las partes del alma, y además su conocimiento es mucho más fácil. Empecemos por ellas.

»Fácilmente se ve cuán aptos son para nuestra naturaleza los miembros de nuestro cuerpo y toda su figura, formas y estatura, y no es difícil de entender cuán propios son del hombre la frente, los ojos, los oídos y las demás partes, y ciertamente es necesario que tenga vigor y fortaleza, y que verifique fácilmente sus movimientos naturales, de tal modo, que no falte ninguno de ellos, ni aparezca debilitado y flaco. Esto es lo que la naturaleza desea. Hay, pues, ciertas acciones del cuerpo que gobiernan el movimiento y estado conforme á la naturaleza, y si se peca en ellas por alguna depravación ó por movimiento y estado deforme, v. gr., si alguno nace con las manos no delante sino detrás, parece que la naturaleza humana se odia y huye de sí misma. Por lo cual, ciertos movimientos débiles y desabridos, como son los de los hombres muelles y corrompidos, son contra la naturaleza, de tal modo, que aunque procedan de vicios del alma, parece que la misma naturaleza humana los rechaza en el cuerpo; y por el contrario, los hábitos moderados é iguales, y los afectos y movimientos del cuerpo, parecen acomodados á la naturaleza.

»También el alma debe tener todas sus partes incólumes, sin que le falte ninguna de las virtudes. Y

también cada uno de los sentidos tiene su propia virtud, mediante la cual aparta todo impedimento que les estorbe usar de su propio oficio, y percibir bien y rápidamente las cosas sometidas á los sentidos.

»Las virtudes del alma, y sobre todo de aquella parte del alma que es la principal, y que llamamos entendimiento, son muchas, pero pueden reducirse á dos géneros: la primera pertenece á las cosas que se engendran por su propia naturaleza, y que llaman no voluntarias; las otras, las voluntarias, cuya excelencia es mucho mayor. Al primer género pertenecen la docilidad, la memoria y aquellas virtudes que se comprenden bajo el nombre de ingenio; llámase ingeniosos á los que las poseen. En el otro género entran las grandes y verdaderas virtudes que llamamos voluntarias, como la prudencia, la templanza, la justicia y otras del mismo género. Bastante hemos dicho de lo que pertenece al cuerpo y al alma, y explicado así lo que pide la naturaleza humana. Por donde es claro que, amándonos á nosotros mismos, y queriendo que todo sea perfecto, así en el alma como en el cuerpo, todas estas cosas las amamos por sí mismas y las tenemos por muy útiles para la vida feliz. El que se propone la conservación de sí propio, necesario es que ame las partes de su propio individuo, y que les tenga más amor, cuanto más perfectas sean y más laudables en su género. Porque la vida que apetecemos es la que abunda en todas las virtudes, así de alma como de cuerpo, y el sumo bien debe ponerse, sea como fuere, en el último término de las cosas apetecibles.

Conocido esto, no podemos dudar de que, amándose los hombres por sí mismos, ha de extenderse este amor á todas las partes de su cuerpo y de su alma, y á todo lo que pertenece al movimiento y al estado

de entrambas, siendo estas cosas apetecibles por sí mismas.

»Sabido esto, fácil es conjeturar que las cosas más apetecibles han de ser aquellas que tienen mayor dignidad, y por tanto la virtud. Y de igual modo las virtudes del alma han de anteponerse á las virtudes del cuerpo, y las virtudes voluntarias á las no voluntarias, porque sólo las primeras se llaman con propiedad virtudes, y exceden en mucho á las otras, como que nacen de la razón, que es lo más divino que en nosotros existe. Y por el contrario, el sumo bien de todas las cosas que la naturaleza crea y conserva, las cuales ó no tienen alma ó la tienen muy imperfecta, consiste en el cuerpo; y por eso se ha dicho, no sin razón, del cerdo, que el alma se le había dado á manera de sal, para que no se pudriese.

»Hay, no obstante, algunas bestias, en las cuales existe cierta semejanza de virtud, como en los leones, en los perros, en los caballos, en los cuales no sólo vemos ciertos movimientos corporales, como en el cerdo, sino también algunos que parecen proceder del alma. Pero las ventajas del hombre están todas en el alma, y entre las facultades del alma, en la razón, de la cual nace la virtud, que definimos perfección.

»En las mismas cosas que la tierra engendra hay cierta perfección y educación, no muy desemejantes de las de los animales. Y así, decimos que la vid vive y muere, y que el árbol y el retoño crecen y envejecen. Por lo cual no es absurdo decir que las plantas, lo mismo que los animales, tienen cierta adaptación de las cosas convenientes á su naturaleza, y que el conservarlas y acrecentarlas está al cuidado de la ciencia y arte del labrador, que circuncida, poda, ingerta, levanta, de tal modo que la planta pueda seguir el camino que la naturaleza le trazó; y las mis-

mas vides, si pudiesen hablar, dirían que así quierén ser tratadas y conservadas. Es verdad que esta fuerza es extrínseca, porque la virtud que posee interiormente la planta no bastaría para obtener su perfección, si no se añadiese el cultivo.

»Pero ¿qué imaginas que sucedería, si á la vid se le añadiese el sentido, de tal modo que pudiese apetecer y moverse por sí misma? ¿Conseguiría entonces por sí misma lo que lograba por cuidado del viñadero? Y ¿no sentiría entonces el instinto de conservar sus sentidos, y todo lo que apetecce, y los miembros que se le añadan? Así, á las cosas que tuvo siempre, añadirá las que después se le junten, y no tendrá el mismo fin que tenía el cultivador, sino que procurará vivir conforme á la naturaleza que se le añade después. Y así, el último fin será distinto del que antes tuvo, aunque semejante, porque no buscará ya el bien propio de la planta, sino el del animal. Y si no sólo lo concedemos sentido, sino además un entendimiento como el del hombre, ¿no le será necesario conservar todo lo que antes tenía, y las facultades mucho más preciosas que he dicho que se le agregaron, y finalmente, el alma, que es mucho más excelente todavía, y reunir en la perfección de esta naturaleza el fin del sumo bien, por lo mismo que el entendimiento y la razón aventajan en gran manera á todo lo restante? Así, el término de todas las cosas apetecibles, naciendo de los primeros estímulos naturales, pasa por muchos grados, antes de llegar al último, que se perfecciona por la integridad del cuerpo y de la razón.

»Siendo éste, pues, el procedimiento de la naturaleza; si el hombre, como antes dije, se conociera á sí mismo desde el punto en que nació, y pudiese fijar cuál era la virtud de toda la naturaleza y de cada una de sus partes, vería muy pronto cuál es el sumo bien

y el más apetecible entre todas las cosas que buscamos, y no se podría equivocarse en manera alguna. Pero los principios de la naturaleza están tan ocultos, que en la infancia ni los vemos ni los conocemos. Adelantando la edad, empezamos á conocernos, aunque de un modo tardío é incompleto. Y así, aquel primer instinto que la naturaleza nos da, es para nosotros oscuro é incierto, y el primer apetito del alma sirve sólo para mantenernos en salud é integridad.

»Y cuando empezamos á conocer y á sentir lo que somos, y en qué nos diferenciamos de los otros animales, entonces empezamos á conseguir el alto fin para que hemos nacido.

»Algo semejante vemos en las bestias, que al principio no se mueven del lugar en que nacieron, pero luego se van alejando de él, impulsadas cada cual por su apetito. Y así vemos que las culebras se arrastran, que los ánades nadan, que los mirlos vuelan, que los bueyes usan de los cuernos, y las avispas del aguijón. Finalmente, que á cada uno le dirige en la vida su propia naturaleza. Lo mismo podemos observar en el género humano. Los niños yacen al principio desvalidos, como si enteramente careciesen de alma. Cuando ya se van robusteciendo un poco, empiezan á valerse del entendimiento y de los sentidos, y procuran levantarse y usar de las manos, y conocer á los que los educan, y después se deleitan con sus iguales, y tienen gusto en reunirse con ellos para jugar, y se entretienen oyendo fábulas, y parece como que quieren favorecer á otros con lo que á ellos tanto les sobra, y advierten con curiosidad todo lo que en su casa se hace, y empiezan á recordar y saber y aprender algo, y quieren averiguar los nombres de todos los que ven, y sobre estas cosas tienen competencia con los de su edad, y si vencen se llenan de alegría, y si son

vencidos, se angustian y decaen de ánimo: nada de lo cual pasa sin causa. Porque la naturaleza humana está ordenada para toda virtud, y por esta causa los niños, aun sin doctrina alguna, se mueven por el simulacro de las virtudes, cuya semilla tienen en sí, y son como los primeros elementos de la naturaleza, con los cuales, aumentados después, se compone el poema de la virtud. Porque habiendo nacido para hacer algo, y para amar á alguien, y para mantener en nosotros el principio de la liberalidad y del agradecimiento, y para tener el ánimo dispuesto á la ciencia, prudencia y fortaleza, y ajenos de las cosas contrarias á éstas, no sin causa vemos en los niños esas centellas de virtudes, que más adelante deben encender la razón del filósofo, para seguirle como á un Dios, y llegar así á la mayor perfección. Porque ya he dicho antes que, en esa edad tierna y débil, la fuerza de la naturaleza se conoce como entre sombras. Pero cuando el ánimo va cobrando fuerzas, entonces reconoce sus virtudes naturales, y aunque puede llegar muy lejos, necesita siempre ese primer impulso.

»Entremos, pues, en la naturaleza de las cosas, y escudriñemos en lo más íntimo de ella cuáles son sus necesidades. De otro modo, jamás podremos conocernos á nosotros mismos. Y como este precepto era demasiado alto para que pareciese obra humana, por eso se atribuyó á un Dios. Y así Apolo Pítico nos manda conocernos á nosotros mismos. Consiste el conocimiento en entender las potencias de nuestro cuerpo y de nuestra alma, y en seguir aquella vida que procura el armonioso desarrollo de estas facultades. Y como desde el principio siente el alma el apetito de perfeccionar todo lo que recibió de la naturaleza, hemos de confesar que en el término de este apetito se aquieta el alma, y que este es el sumo bien, el cual